

EN CONTRA DE LA MALA LETRA

Se entiende por mala letra a aquella que resulta ilegible, al menos para los que carecemos de las dotes de Champollion*. Los médicos adquirimos fama de tener mala letra, por eso se suele decir «letra de médico» para referirse a letras ilegibles. Esa fama ha sido mal interpretada por muchos estudiantes de medicina que parecen haber cultivado el garabato como algo bueno e inherente a la condición de médicos. Naturalmente también influye la tendencia al menor esfuerzo, dado que es mucho más fácil hacer mala letra que esforzarse en ser buenos médicos, como también es más fácil adoptar el *look* de sabio o de genio, que serlo.

Dicho sea de paso, la estrategia de engañar con las apariencias es la que ha hecho que muchos políticos se retraten con un fondo de biblioteca en la que, además de los libros, se ve una foto en la que están con la madre. Consideran que los que vean esos retratos darán por sobreentendido que son personas leídas y de bien, dos virtudes de las que, por lo general, carecen hoy en día. Otras veces lucen *jeans* y melenas al viento, a lo Einstein en el campus de Princeton, o anteojos con la montura pegada con tela adhesiva. Suponen que a los ojos de la gente eso los transformará en sabios o en «progres». A ambos tipos se les puede agregar una pipa, barbas varias, campera y, tal vez, mala letra.

Hay letras ilegibles que son lindas y otras bien legibles que son feas. La estética no tiene nada que ver. Algunas letras se parecen a las que vemos en los *minimal* con gran deterioro, aunque éstas son mejores porque se leen bien. Las peores son las del tipo pata de mosca polimorfa, pero la culpa no la tienen los que escriben así sino las universidades que los diplomaron o la enfermedad de Alzheimer.

La letra ilegible puede ser causante de errores de diagnóstico, y también de la pérdida de juicios por mala *praxis*. Hay testimonios de jueces que manifiestan que el mal humor que les produce no poder leer una historia clínica los ha llevado a condenar al médico por el prejuicio bien fundado de que si escribe así también diagnosticará y tratará de la misma manera.

Lo más común es que los que cometen esas letras aduzcan que lo hacen porque están sobrecargados de tareas y no tienen tiempo para ocuparse de pavadas como poner puntos en las *ies*, palitos en las *t* o en hacer *ues*, *emes*, *enes*, *eles*, *jotas* o *haches* diferenciables. Más rápido se hace una raya o un garabato, y el lector... que se las arregle.

El tiempo de su prójimo, el lector, no cuenta para el mal escritor o, tal vez, en el fondo, lo que desea es no comunicarse, como ocurría con el latín de los médicos satirizados por Molière, que lo usaban para disimular su ignorancia, o lo que pensaban, si es que pensaban en algo.

La mala letra a veces se usa en hojitas que se pegan en la historia clínica y que pueden tapar entradas que hubiesen dado la clave del diagnóstico. Esto ocurrió en un caso presentado en un ateneo anatomoclínico del HPC.

A lo largo de muchos años de padecer el fenómeno de la letra ilegible he visto que la mayoría de mis colegas son complacientes y pude comprobar, con sorpresa, que leen de corrido y sin chistar, letras ilegibles. En realidad lo que hacen es ignorar un montón de palabras y seguir adelante, lo cual es riesgoso porque ¿Cómo pueden saber que en esos garabatos, cuyo significado ignoran, no está la clave de un diagnóstico difícil?.

Dr. Ricardo Paz

* Jean Francois Champollion (1790-1832). Descifró los jeroglíficos egipcios gracias a la "piedra de Rosetta", descubierta por Napoleón durante la campaña de las pirámides y, posteriormente, hurtada de Egipto y expuesta hasta la actualidad en el Museo Británico de Londres.